

El poder de la moda. Sastres en Medellín (1900-1930)

Laura Carbonó López
Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

Número Especial
Noviembre de 2017
ISSN: 2422-0795



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia



El poder de la moda. Sastres en Medellín (1900-1930)

Laura Carbonó López*

Resumen

Las manifestaciones de la vida cotidiana y material son elementos esenciales en la comprensión de las prácticas sociales. Por ello, el vestuario y quienes lo confeccionan son un componente histórico que permite la apreciación de peculiaridades en distintas sociedades. En relación a ello, la siguiente indagación da cuenta de la transformación cultural que atravesó Colombia durante la primera mitad del siglo XX, en la cual el gremio de los sastres se expandió, imponiéndose como uno de los ejes fundamentales de una sociedad vanguardista. Con la aparición de la idea de moda se generó un cambio en la materia del vestuario y su representación. Lo que se vio reflejado en la ciudad de Medellín, donde el gremio replicó y adaptó modelos europeos logrando que la élite interesada en los ideales de moda se apropiara de ellos. De la misma forma, la élite en su status, le brindó a la moda medellinense un importante papel en las estructuras del vestir. Además, las mujeres que pertenecieron a ese grupo social ayudaron a la introducción del concepto a través de la revista *Letras y Encajes* (1926-1959), que, escrita y dirigida para mujeres trataba, temas referentes a su género y en gran medida a la moda.

Palabras clave

Sastres, moda, vanguardia, élite, siglo XX.

* Estudiante de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, correo: laura.c24@gmail.com.



Introducción

De la misma forma que para acercarnos a un conocimiento del pasado es necesario hacer un estudio exhaustivo sobre los sucesos que se han registrado con el tiempo, las manifestaciones de la vida cotidiana y material cobran un valor fundamental en la comprensión de las prácticas sociales. Por ello el vestuario, quienes lo confeccionan y lo representan, son un elemento dentro de lo cotidiano que permite la apreciación de variables particulares de cualquier sociedad. El vestuario refleja una época y para el siglo XX la sociedad presentó una serie de preferencias que resaltaban y halagaban el cuerpo de quien utilizaba una prenda a “la moda”. Pero no solo está asociado a ello, el traje informaba sobre la situación social de cada individuo ya que sirvió de forma clasificatoria de los miembros de la sociedad. Siendo así se puede identificar una élite social que se apropió del privilegio de vestir, pues al tener los medios a su alcance, fomentó el comercio y la producción de textiles, conformando un monopolio de la moda en sus manos.

Lo anterior no fue ajeno a la ciudad de Medellín, su élite tuvo un papel en la difusión e imposición de los ideales de *moda* y *vanguardia*; pero, en lo que respecta al modo de difundirlo hubo un gran cambio, en el siglo XIX los encargados de esta labor fueron los hombres sastres ayudados por las modistas (relegadas a la labor de confeccionar). La élite en su status le brindó a la moda medellinense un importante papel en las estructuras del vestir, las clases altas con galas presentaron versiones idealizadas del vestir donde adulaban al modelo y generalmente ofrecían un retrato del mismo que correspondía con su posición social y de poder.¹

Para la primera mitad del siglo XX un cambio estremeció no solo al mundo de los artesanos sino a la misma forma de simbolizar el cuerpo. Este vuelco se observó con la revista femenina *Letras y Encajes*, escrita y dirigida por mujeres de la élite antioqueña, en la cual se tocaban todo tipo de temas con referente a su género y en gran medida a la moda. Así, bajo parámetros europeos, estas nobles damas daban consejos de modas y de la manera más adecuada de presentarse ante la sociedad, sin dejar de lado el decoro y las “buenas costumbres”.

En Colombia, un país con una geografía diversa, mezcla racial y regiones muy marcadas, sería arbitrario tomar conceptos generalizados sobre la formación de costumbres populares. Por ello, es factible que la configuración de una indumentaria popular que heredó restricciones desde

1. Joanne Entwistle, *Cuerpo y moda: una visión sociológica* (Buenos Aires: Paidós, 2002), 705.



la Colonia, estuviera atravesada por las costumbres regionales, las condiciones topográficas (dando a entender que la población vestía según la región que habitaba), las políticas que daban prioridad a una jerarquización de la población (donde se exploraba lo masculino y lo femenino como signo de diferenciación) y las condiciones económicas (que según sus capacidades daban a conocer la importancia del atuendo en el desarrollo de un grupo) y sociales (en las que el vestido evolucionaba junto a cambios vitales de la sociedad). Así el traje fue utilizado como guía para la representación de imaginarios colectivos y mentalidades de los pueblos.

1. La sastrería

En el siglo XV, durante el Renacimiento, empezaron a aparecer ciudades capitales y en ellas se retomó el concepto de moda que surgió en la Edad Media. Esta idea fue creada por los nobles y aristócratas como un distintivo de clase al cambiar regularmente la forma de vestir. En torno a ella había grandes recursos económicos y se crearon algunas razones de Estado y orden social.² Con el tiempo se logró el acceso popular a la moda, la cual tuvo el fin de individualizar y crear estereotipos que eran exclusivos para ciertos grupos sociales. Así se impuso el vestido diferenciado en razón del sexo: corto y ajustado para hombres, largo y holgada para mujeres.³ De esta manera se difundió la preocupación por la moda en los jóvenes aristócratas de toda Europa, los cuales acudieron para diseñar sus guardarropas a los sastres, provocando un aumento en la demanda de estos últimos. Brocados realizados en seda, terciopelo y satén eran los principales materiales de los sastres franceses. Desde su llegada de la Corte, estos se convirtieron en uno de los colectivos más numerosos entre los artesanos de Europa.⁴ La demanda que generaba el vestuario oscilaba entre la necesidad y el lujo, y los talleres de confección respondieron al consumo de toda una amplia gama de clientes, abordando el desafío, primero, desde la especialización y segundo, desde una reorganización del trabajo realizada bajo criterios de eficiencia. Los sastres enfrentaron la devaluación del escalafón gremial como consecuencia de unas relaciones de trabajo en las que era normal encontrar maestros dependientes y oficiales trabajando para roperos.⁵

2. Gilles Lipovetsky, *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas* (Barcelona: Editorial Anagrama, 1990), 49.

3. Lipovetsky, *El imperio de lo efímero*, 30.

4. James Laver, *Breve historia del traje y la moda* (Madrid: Ediciones Cátedra, S.A., 1992), 199.

5. Aída Martínez Carreño, *La prisión del vestido. Aspectos sociales del traje en América* (Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A., 1995), 20.



El flujo del gremio no fue constante, muchas veces aumentaba o caía con respecto al número de miembros. Durante el período colonial en algunas ciudades se ubicaron exclusivamente en zonas donde se ejercía específicamente el oficio, pero en el siglo XIX se prohibió “la demarcación de cierta calle o terreno para cada oficio y Arte”;⁶ esparciéndose entonces por todas las calles concurridas, aunque con una densidad más elevada en torno a las plazas principales, al ser la zona que más deseaban para instalar sus tiendas esperando atraer la mayor cantidad de clientela posible.

Con respecto a la zona de trabajo, el taller artesanal era fundamental para la organización de la producción. Poco a poco se adaptó a una mayor demanda en el mercado por medio de estrategias como la producción en masa de trajes y la subcontratación de personal para hacer determinados trabajos.⁷ Los sastres de las ciudades trabajaban en grupos unidos por el parentesco, donde las labores del tejido –que involucraba personas encargadas de tizar, hilar y teñir la lana– unían a una o varias familias bajo el mismo taller. Así se formaba un vínculo entre los mayores, llamados maestros, y los aprendices, un acuerdo en el cual el primero se comprometía a instruir al muchacho en los secretos del oficio, a darle cama, vestuario, alimentación y, en caso necesario, a castigarlo como si fuera su propio hijo.⁸

En relación con los materiales, como estos provenían del exterior, presentaban un alto costo en la importación y por ende en la hechura, lo que se vio reflejado en los precios de venta. Al mismo tiempo, algunos talleres buscaron racionalizar el uso del patrón tradicional diseñado a la medida de un solo cliente, haciendo copias y adaptándolo a la morfología de otros, con la ayuda de la cinta métrica. Esta metodología de reducir o ampliar el número de medidas indispensables permitió pasar de una talla a otra y simplificó la hechura de patrones por tallas aumentando la producción de prendas a gran escala.

Estas características fueron fundamentales dentro de los talleres que paulatinamente posibilitaron la introducción de diferentes elementos como la cinta métrica que sustituyó a las cintas de papel como herramienta base en la toma de medidas, facilitando la transformación de la labor.⁹

6. Alberto Mayor Mora, *Cabezas duras y dedos inteligentes* (Bogotá: Colcultura, 1997), 36.

7. Martínez Carreño, *La prisión del vestido*, 45.

8. Mayor Mora, *Cabezas duras y dedos inteligentes*, 50.

9. Martínez Carreño, *La prisión del vestido*, 70.



A principios del siglo XX, Colombia importaba todo tipo de géneros, desde comida como vinos y especias, hasta ropas y maquinaria. Tal situación fue habitual en el departamento de Antioquia donde se estableció un tipo de mercado de intercambio que incitó a muchos empresarios antioqueños a innovar en la importación de mercaderías y máquinas, logrando una transformación en el sector industrial, especialmente el textil, y produciendo un cambio en la naturaleza del trabajo local, en este caso, el trabajo de los sastres.

El auge industrial, el auge del café, la proletarización de la ciudad de Medellín y las leyes proteccionistas de algunos presidentes que aún estaban en vigencia, como las de Rafael Reyes (1904-1909), lograron librar las importaciones de materias primas como hilos, hilazas y colorantes, mejorando el proceso de hilada más que la tejida y creando condiciones para poder plantear una competencia rentable a las telas y géneros extranjeros.¹⁰ Sin embargo, el transporte era rudimentario y poco desarrollado, retrasando las entregas en todo el país. A pesar de estas vicisitudes, se procedió a la construcción de carreteras y el ferrocarril de Antioquia para el transporte de máquinas, mercancías y materias primas, permitiendo que la tecnología que llegaba fuese instalada en las textileras. Aún así, la falta de conocimiento sobre ella obligó a los empresarios antioqueños a establecer contactos en Estados Unidos e Inglaterra donde tenían experiencia en su fabricación, construcción y manejo.

La maquinaria procedente de Estados Unidos e Inglaterra comenzó a llegar a los municipios de Medellín, Bello (Hato Viejo) y Envigado, para ser empleadas en las fábricas textiles que se estaban fundando durante las tres primeras décadas del siglo XX.¹¹ Esas importaciones trajeron grandes beneficios a los habitantes cercanos a las textileras pues comenzaron a recibir la electricidad que precisaban para la iluminación de sus barrios obreros y sus parques.¹² Este proceso consistió en la construcción de las primeras tres grandes industrias textiles en Medellín: Tejidos Medellín (Tejidos el Hato), Coltejer (1907) y Tejidos Antioquia (1902). Con el paso del tiempo y el aumento de las exportaciones de café nació en 1911 la textilera Rosellón, dando paso a la edificación de pequeñas industrias como Fabricato en 1920.¹³

10. Raúl Domínguez Rendón, *Vestido, ostentación y cuerpos en Medellín 1900-1930* (Medellín: Fondo Editorial ITM, 2004), 72.

11. Enrique Echavarría, *Historia de los textiles en Antioquia* (Medellín: Editorial Bedout, 1943), 58.

12. Echavarría, *Historia de los textiles en Antioquia*, 88.

13. Fernando Botero Herrera, *La industrialización en Antioquia. Génesis y consolidación 1900-1930* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Centro de Investigaciones Económicas, 1985), 162.



En la ciudad de Medellín la industria textil comenzó con la ya mencionada fábrica Tejidos de Antioquia en 1902, la cual no prosperó por problemas financieros pero dio lugar a la creación de la fábrica Tejidos Medellín, que utilizó las mismas instalaciones. Este desarrollo estimuló la creación de más fábricas como Coltejer en 1907, la cual fue creada por la familia Echavarría y contó con locales para vender sus mercancías hasta convertirse en una comercializadora de grandes cantidades de telas nacionales, logrando reunir de esta manera un gran capital económico.¹⁴ Ese contexto generó que, en cuanto a aspectos económicos relacionados con la industria textil, se impulsara el emprendimiento y desarrollo de las compañías que se consolidaron en la ciudad de Medellín y sus alrededores, permitiendo el aumento de obreros y el crecimiento urbano.¹⁵

En todo el apogeo de la industrialización también se importó conocimiento e ideales desde Europa, donde los sastres innovaron en su oficio tomando todos los elementos de la era moderna a su favor. Igualmente, las grandes empresas hicieron toda clase de anuncios en los periódicos para promocionar sus talleres: "A los elegantes: acaba de llegar al taller de Romualdo Tirado E un surtido completo de obras hechas por ingleses, muy buenos y a precios módicos: galápagos para viajes, sudaderos aterciopelados, gualdrapas, polainas bajas y altas para verano y para invierno".¹⁶ De esta manera la relación entre el sastre y la moda local cambió, ya que como los anuncios de la moda europea que era vista como "vanguardia", los sastres adaptaron los moldes extranjeros a las necesidades de los medellinenses. Así, por medio de la publicidad en los periódicos, los sastres lograron llegar a más personas viendo crecer a su clientela, lo que los llevó a convertir sus talleres en almacenes de importación de géneros.

2. La moda

El vestir se volvió algo inmanente para el ser humano, respondiendo a una táctica de defensa y adaptación al medio, y a través de las prácticas culturales se consideró un signo de civilización.¹⁷ Pero el vestuario pasó de ser una prenda exterior con la que se cubre el cuerpo a ser un elemento de expresión individual y colectiva que pone de manifiesto

14. Botero Herrera, *La industrialización en Antioquia*, 163.

15. Botero Herrera, *La industrialización en Antioquia*, 106.

16. *El Mensajero Noticioso*, 109, Medellín, 20 de septiembre de 1883.

17. Martínez Carreño, *La prisión del vestido*, 25.



realidades e ideales; a través del atuendo se señalaban diferentes etnias, jerarquías sociales, roles y funciones sexuales.¹⁸ En cuanto a las palabras ropa, traje y vestido, estas adquieren su significado de las telas o materiales con que hombres y mujeres cubren el tronco y las extremidades de su cuerpo, a excepción del tocado y del calzado, es decir, de lo que se ha usado y se usa en la cabeza y en los pies.¹⁹ Como tal, el vestuario adquiere la función de condicionar y ubicar elementos de diferenciación ceñidos a la indumentaria. Informa aspectos como el sexo, la edad y el lugar de procedencia. Es el traje el que se convierte en un vehículo de comunicación de ideologías y expresa el desarrollo en el ámbito económico, cultural, técnico y comercial de un pueblo. Es lo que finalmente esboza un carácter de apropiación de una identidad étnica-cultural.²⁰

Ahora, la moda no es sino el reflejo de las costumbres de la época: el espejo de una sociedad. Dentro de los límites que impone la economía, la ropa se adquiere, se usa y se desecha de la misma forma que las palabras que satisfacen nuestras necesidades y expresan nuestras ideas y emociones.²¹ La moda está pensada para el cuerpo, es creada, promocionada y llevada por él. La moda va dirigida al cuerpo y este último es el que ha de ir vestido en casi todos los encuentros sociales.²² Siendo así se puede contar con una élite social que se apropió del privilegio de vestir y que tuvo los medios a su alcance –fomentando el comercio y la producción de textiles- para transformar el modo de vestir a su conveniencia.

El período comprendido entre 1900-1930 se suele denominar en los primeros 15 años como *La belle époque*, y los últimos 15 años como la revolución del *Art Déco*, ya que fueron épocas de gran ostentación y extravagancia.²³ El vestido de moda encarnó la última tendencia estética, fue la prenda definida en un momento dado como deseable, bella y popular. Aunque los avances en la producción de ropa en serie permitieron que la moda llegara a un número de personas más extenso que nunca, existían símbolos de distinción que favorecieron la expansión del reconocimiento social de las clases más pudientes, como lo fue el hecho de mandar a confeccionar una prenda de vestir con un sastre de “renombre”. Es decir, la

18. Martínez Carreño, *La prisión del vestido*, 17.

19. Celanese Colombiana S.A, *Historia del traje en Colombia* (México: Editorial Atlante, 1945), <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/modosycostumbres/trajecol/indice.htm> (consultado: 10 de marzo de 2016).

20. Martínez Carreño, *La prisión del vestido*, 32.

21. Alison Lurie, *El lenguaje de la moda. Una interpretación de las formas de vestir* (Barcelona: Ediciones Paidós, 1994), 30.

22. Entwistle, *Cuerpo y moda*, 154.

23. Laver, *Breve historia del traje*, 215.



búsqueda de respetabilidad social a través del traje de la clase trabajadora llevó a la élite a mantener la distancia social, recurriendo para destacarse a la innovación y a la modificación de su apariencia constantemente.²⁴ De esta manera se crearon “clichés” entre los diferentes grupos. Se podía distinguir a los trabajadores por su ropa, éstos hombres y mujeres solían llevar zuecos en lugar de zapatos, y la gorra de tela era su símbolo por excelencia, a diferencia del sombrero de los más acaudalados.²⁵ A través de estos clichés se evidencia un sistema de regulación y presión social que fortaleció la relación entre las indumentarias y las identidades. En Medellín, la industrialización había provocado grandes transformaciones en el sector textil, logrando que no solo se importaran materias primas sino también ideologías. Todo lo relacionado con ese sector involucró fuertemente a la élite medellinense, ya que fueron ellos los que se hicieron cargo de difundir e imponer los ideales de moda y vanguardia.

Sin embargo, hubo un gran cambio con respecto al modo de difundirlo, en el siglo XIX los encargados de esta labor fueron los hombres sastres ayudados por las modistas (mujeres relegadas a la labor de coser prendas de vestir). La élite en su status le brindó a la moda medellinense un importante papel en las estructuras del vestir, las clases altas con galas presentan, versiones idealizadas del vestir que adulaban al modelo y generalmente ofrecían un retrato del mismo que correspondían con su posición social y poder.²⁶ Para la primera mitad del siglo XX un cambio estremeció no solo al mundo de los artesanos, sino a la misma forma de simbolizar el cuerpo, este vuelco se observó con la revista femenina *Letras y Encajes* (1926-1959). Con 394 números, esta revista fue escrita y dirigida a mujeres de la élite antioqueña, las cuales tocaban todo tipo de temas con respecto a su género y en gran medida a la moda. Regidas bajo parámetros europeos, estas nobles damas daban consejos de modas:

El chic de llevar cosas. No debe verse cabello sobre la frente; al ponerse el sombrero, la frente estará limpia. El sombrero debe ponerse del nacimiento del cabello hacia atrás, pues en ningún caso, como digo, debe asomarse el pelo; ya las llamadas moras no se llevan en absoluto sobre la frente; tan solo se llevan sobre las orejas.²⁷

Las mujeres allí presentadas permiten observar la evolución de la moda durante las últimas décadas del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX. Uno de estos grandes cambios fueron las blusas y vestidos que empezaron a tener una hechura muy complicada

24. Lipovetsky, *El imperio de lo efímero*, 57.

25. Entwistle, *Cuerpo y moda*, 154.

26. Entwistle, *Cuerpo y moda*, 705.

27. *Letras y Encajes*, 38, septiembre de 1929, Medellín, 628.



y adornos con pliegues y añadidos a finales de 1887. Asimismo, el bolero se volvió muy popular y el llamado corpiño. Para 1898 las faldas iban ajustadas a las caderas y el busto muy levantado, creando formas de campanas, junto a peinados muy elevados por encima de la cabeza con pequeños sombreros que no desviaba la mirada del traje. Otra característica de este período de transición fue la importancia dada a los “trajes-sastres”.²⁸ Las mujeres de clase media usaban estos trajes ya que sus trabajos demandaban una hechura más simple y el traje-sastre se ajustaba a ello.²⁹

La silueta femenina empezó a modificarse a principios del siglo XX. Las tendencias de los años 90 del siglo XIX quedaron atrás. El busto ya no se levantaba tanto y las caderas no se ajustaban, por el contrario, lo que ocurrió fue que el sombrero aumentó su tamaño haciendo parecer las caderas más pequeñas. Para 1910 el sombrero cambió dándole un gran giro a la moda, ya no se usaban los sombreros anchos sino más bien pequeños y pegados a la cabeza, dejando ver la forma de la cara, la cual se alargaba. Pero lo que estremeció el mundo de la moda fue la introducción del conocido “cuello en V”, con el consiguiente alboroto. Muchos lo denunciaron como una exhibición indecente y los médicos vieron en él un peligro para la salud.³⁰ Los religiosos y más conservadores veían en la moda una forma de rebelión, inclusive el traje-sastre fue implicado por su sencilla hechura dentro de las nuevas tendencias “inmorales” y con mayor “falta de decoro” vistas hasta la fecha.

Los sencillos “trajes-sastres” o “sport” se volvieron muy populares entre todas las mujeres y los escritores de la revista *Letras y Encajes* alegaban que “Nada hay más bonito que el vestido que la moda nos ha impuesto, ahora con el acierto del sport, con el que podemos andar libremente por las calles sin riesgos nunca de estar ridículas”.³¹ Pero no fue hasta 1925 que se presentó para muchos el mayor escándalo y una verdadera revolución en la moda: la falda corta, denunciada en Europa y América.³² “El corte nuevo resultó de un constante estudio de la línea que alarga y que favorece tanto a todas las siluetas; por lo que vemos tanto el corte en flechas”,³³ argumentaban las editoras de la revista. Siguiendo las

28. Fue a finales del siglo XIX que esta prenda se popularizó entre las mujeres de la clase obrera y agrícola, ya que brindaba más comodidad para la realización de diferentes tareas.

29. Laver, *Breve historia del traje*, 222-223.

30. Laver, *Breve historia del traje*, 229.

31. *Letras y Encajes*, 38, septiembre de 1929, Medellín, 628.

32. Laver, *Breve historia del traje*, 231.

33. *Letras y Encajes*, 27, septiembre de 1927, Medellín, 235.



tendencias “inmorales”, fueron creadas leyes denunciando el uso de estas faldas, incluso en Estado Unidos se publicaron decretos donde se multarían y apresarían mujeres por su uso indebido.³⁴ Pero todo fue inútil, la falda fue tan popular que ni el Estado ni la pudo prohibir su uso.

Dentro de los imaginarios de moda había emergido un nuevo tipo de mujer de cabello y falda corta que convirtieron a los vestidos largos en vestidos de saco muy cortos y escotados, a menudo sin mangas, además los sombreros se encogieron hasta quedarse en apretados gorritos acampanados.³⁵ Las curvas, atributos femeninos exaltados durante toda la historia, pasaron de moda, se optó por un nuevo ideal erótico andrógino. Estas nuevas modas amenazaron las casas de modas, por lo que los sastres asimilaron estas dinámicas, cambiando sus confecciones y el público al cual se dirigían.

Consideraciones finales

Finalmente, se vio como los sastres, a través de las ideologías de modas que encarnan el cuerpo en la cultura, produjeron discursos sobre este y cómo adornarlo. A su vez, el vestido confeccionado funcionaba como dispositivo de cohesión de la organización social, pues era un sistema de referencia, reconocimiento y segregación. Esta somera mirada al mundo de ese gremio permite interpretar como esos peculiares, pero importantes personajes fueron partícipes de la creación de imaginarios sociales y contribuyeron a una marcada delimitación de las clases sociales. A lo que se quiere referir con esto es que muy pocos podían acceder a las exclusividades del vestido confeccionado, era un lujo de la clase media y alta que les daba un estatus mayor.

Durante la primera mitad del siglo XX los medellinenses entraron en una época de avances textileros y crecimiento económico, convirtiéndose en la ciudad “de las telas” del país, lo que atrajo a capital extranjero incrementando la exportación de géneros, haciendo que el sastre “innovara” en su trabajo tomando cada modelo extranjero y adaptándolo a las necesidades locales sin dejar de estar a la “vanguardia”. Por ello es posible ligar la moda al oficio del sastre, ya que la prenda logró reflejar la visión del mundo de estos personajes;

34. Legisladores de varios estados en Estados Unidos intentaron aplicar estas leyes del vestir. Utah y Ohio fueron los Estados que más lucharon por estas leyes. Laver, *Breve historia del traje*, 234.

35. Alison Lurie, *El lenguaje de la moda*, 91.



son los hombres a la moda con una voluntad de ruptura e innovación, que impusieron un sistema del vestir que logra expresar los potenciales cambios internos en la estructura social y las nuevas identidades colectivas. Ellos son los que poco a poco desdibujaron las barreras de las clases sociales por medio de la vestimenta, configurando la identidad individualista que caracteriza la modernidad.



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia